

Si acabamos con el caudillaje, será el primer paso en firme que daremos en pro de la unión de los trabajadores.—Contra los granujas y ladrones que se aprovechan en estos momentos graves, toda sanción es pequeña.—El triunfo rotundo se vislumbra próximo. ¡Que ni los peligros ni los sacrificios nos amilanen, compañeros!

La Revolución con los que vivieron y viven bien

No ha sido sólo C. N. T., sino también en general la prensa pura antifascista, la que ha volcado una acusación sobre los burócratas y aprovechones de la revolución. La ha volcado, porque tanto aquellos como nosotros, estamos disconformes y sorprendidos a la vez, de que estos hombres glaciales, de estos hombres sin escrúpulos, de estos aventureros, como última palabra, que sin darse cuenta de lo que es la revolución y el sacrificio, sigan hinchando sus necesidades y sus comodidades como si estuvieran viviendo unas jornadas de grandes hombres o de pares de Francia.

Poco les importa a éstos, que los logreritos y los chabacanes eleven los precios de los productos alimenticios; poco también les importa, quizá, que nuestras compañeras evacuadas y los hijos de tantos luchadores estén durmiendo en montón y sin mantas con que arroparse. ¡Qué poco les importa!

Si a ellos no les importa, a nosotros sí. Salgamos ya del comentario y lancémoslos al terreno de la lucha a encontrar a este enemigo, esté amparado por quien esté. Señalémosles con el dedo de la indignación y digamos que no, para hacer ver a estos pintos lo que ellos al parecer no quieren ver. Ha sido muy cómodo decir desde las estancias gratas: mientras dure la guerra no deben alterarse los salarios y trabajar si es preciso más horas. Esto, por ser consigna de nuestra Confederación, ha sido acatado por la inmensa mayoría del proletariado, aunque también,—hay que decirlo—otros se pasaron esto por debajo del brazo y contraviniendo estas consignas buscaron el cobijo del aumento y viven como jamás vivieron. Pero... acometamos nuevamente el caso después de este inciso, también acusatorio.

La prensa, el mitin, en general, la propaganda antifascista, nos está constantemente diciendo que tenemos un gobierno revolucionario, un gobierno auténticamente proletario. Nos invitan, también, a que aumentemos producción, nos piden que ganemos la guerra para así exterminar el fascismo. Es lo menos que puede pedir un gobierno revolucionario. Y quién tiene que ganar la guerra y aumentar la producción, ¿sólo el proletariado, o también los grandes señores y burócratas españoles cobijados en el antifascismo? ¿Todos? ¡Ah!, pues si hemos de ser todos, empecemos desde mañana a ponerlo en práctica, bien empuñando el fusil si hace falta, o, por lo menos, reservando para los que luchan nuestras comodidades y nuestros excesos, porque es triste e irritable que aquellos nos pidan como alimento una hoja de lechuga mientras los demás gastan y gastan los mejores alimentos y las mejores prendas de abrigo.

Cuando oigo decir a un alto empleado que él deja un día de haber para los luchadores, cuando se lo oigo decir con ese tono que quiere decir que han hecho una cosa grande, yo le diría: ¡Qué importa que dejes cincuenta pesetas cada treinta días, si cobras a fin de mes mil cuatrocientas cincuenta! ¡Qué importa que tú, ministro, entregues cinco mil pesetas, cuando embolsastes en tu casa cien o doscientas mill! ¡Qué importa eso, privilegiados de antes y de ahora! ¿No hace más este peón o aquel carpintero con quense que deja un día de jornal, de cada veinte que trabaja cada mes, de un jornal de cinco o nueve pesetas?

No creáis, digos camaradas, que consiste en eso; no creáis que así contribuis al triunfo, no, no lo creáis. Contribuiréis al triunfo cuando de una manera tajante, de una manera eficaz, digáis a ese Gobierno que os paga, que os sobra en muchos casos el sesenta o setenta por ciento de vuestra remuneración; cuando digáis a ese mismo Gobierno que en las oficinas no hay nada que hacer y que podéis trabajar en cosas útiles. Entonces, sí; entonces os diremos cosas más agradables, cosas que suenen mejor al oído.

Pero de momento os tenemos que señalar todos estos defectos, y os hacemos el nuevo señalamiento con nuestro dedo honrado de revolucionario, que así dicen las cosas y así han empezado a hacerlas. Nos felicitaríamos mañana de poder decir que nos habíais hecho caso.

EN LA HORA HEROICA Y TRIUNFAL DE LA F. I. J. L.

¡Por la Libertad, hasta la vida! Es la idea fija de nuestros hombres. Es la que empuja las multitudes proletarias hacia el combate y la victoria.

Resistir, primero; avanzar, después, sin desmayos, sin contar los muertos, cubriendo con carne joven los huecos que dejaron los que al caer se transformaron en símbolos que nos marcan el camino a seguir.

Pasó ya la hora viril de la resistencia para dejar plaza al instante de dejar paso triunfal al avance. En cabeza, como siempre; sin temor a la muerte, sonrientes ante el zumbido de la metralla fascista; los hombres de la C. N. T. y de la F. A. I. están poniendo en juego todo su valor y su entusiasmo en pro de la Revolución.

¡Compañeros! En la hora del ataque, más aún que en la de resistencia, tenemos que mostrar nuestro temple y probar quiénes somos.

No reparemos en riesgos ni sacrificios, no miremos peligros, no nos importen dificultades. ¡Siempre en cabeza! ¡Aguiluchos de la F. A. I. ¡Siempre en cabeza, luchadores de la C. N. T.!

¡Siempre hacia el triunfo, hermanos de las Juventudes Libertarias! El mundo clava su mirada en nosotros. Problemas a Europa cómo sabemos luchar y triunfar los anarquistas en España.

Nunca tuvimos una ocasión como ésta. Nunca estuvo tan cerca de nosotros el triunfo y la Libertad.

Nunca estuvo más cerca de nosotros el triunfo y la Libertad. Nunca hubo en nuestras manos tantos fusiles, tantos cañones, tantos tanques y aviones.

¡Ánimo, compañeros luchadores! ¡Hacia el triunfo y la Libertad! Por la F. L. de Juventudes Libertarias de Cuenca, El Comité de Propaganda.

Impresiones del frente de Teruel

La guerra es el peor azote que puede sufrir la Humanidad. Puede imaginarse lades fuera, pero no es ni la pálida sombra de lo que en realidad encierra en sí. El frente donde nosotros estamos no es de los más activos; pero al ser un frente de lucha, se observan en él todas las características invariables de la guerra. Miras por doquier y saltan a la vista, por encima de todo, armas y hombres, aparatos que siembran la muerte, parapetos, vigilancia extrema, consignas, contraseñas y todo lo que es propio de la guerra.

En los ratos de agradable como merecida ociosidad, se canta, se divierte uno en el reducidísimo marco que puede hacerse, y se habla, se habla de todo, particularmente de las cosas de actualidad; la Prensa que llega se lee con mucho interés, pues lo que más interesa en el frente es la lectura de las cartas familiares, amigos y novias y la lectura de la Prensa; en derredor de ella se hacen comentarios, cada uno a su modo, y después se habla de la guerra, luego de la revolución, y así van transcurriendo hora tras hora hasta llegado el momento de emplearse en menesteres cotidianos, si no la hora de las comidas colectivas que dan la sensación de que ya hemos ganado la guerra y en tiempo de paz estamos realizando importantísimos trabajos iniciales de una gran obra colectiva.

La realidad, con su dureza, nos demuestra que no es así todavía, que aún tenemos que luchar, e interiormente viene a nuestra imaginación pensamientos y recuerdos de cosas que pasaron. Yo me recuerdo de la campaña antiguerrera que en todas las formas he propagado... y joh, paradoja de la vida! Yo que he condenado siempre la guerra, y continúo condenándola, me hallo aquí en medio de ella, ansiando, como todos mis compañeros, el momento de poder entrar en combate; pero es que esta guerra no es como otras guerras; ésta es más cruel que otras; pero es, al propio tiempo, la guerra que puede matar a la guerra; la que después del aplastamiento definitivo del fascismo internacional abrirá las puertas de una nueva organización económica y so-

cial que pondrá después del triunfo en manos de los verdaderos productores las llaves de la producción y les permitirá el libre ejercicio de sus funciones sin coacción de ningún género por parte de nadie, haciendo de esta tierra la verdadera patria de todos los hombres libres que saben serlo y que, por lo mismo, han tenido que sufrir en el odioso régimen capitalista que hemos padecido y estamos destruyendo, toda clase de vejaciones y torturas, humillaciones y miseria.

Constantemente llegan a nuestras filas noticias que nos hacen pensar lo que sería de los habitantes de esta tierra que nos vio nacer, en manos de la canalla fascista. Ultimamente, los fugitivos llegados hasta aquí, tienen cada uno su número en el brazo: los menos peligrosos, en un brazalete, y los que los facciosos creen de más peligro para ellos, marcado con un hietura candente sobre las mismas carnes. Sin haber triunfado y a sabiendas que no pueden triunfar, ya consideran a los trabajadores como si fueran animales o cosas. ¿Qué sería en pleo dominio faccioso y sin ningún peligro para ellos? Por esto que los trabajadores sabemos de memoria, porque sabemos de sus crímenes y sus desmedidas ambiciones como de los procedimientos que emplean para someter a las clases productoras a su yugo tan odioso como execrable, es por lo que siendo los mayores enemigos de la guerra empuñamos las armas mortíferas para luchar con ellas hasta acabar con los facciosos parasitarios que cual enorme sangüijuela chupan la sangre del pueblo trabajador; hasta vencer o morir, hasta acabar de una vez para siempre con toda la canalla enemiga de la clase laboriosa, empuñamos las armas y con todo el tesón de que somos capaces hasta no dejar ni un solo rastro de la semilla fascista en nuestro suelo, admiración del mundo y punto de partida de la liberación proletaria universal, las apretaremos contra nosotros, y, como alguien dijo, las haremos trabajar mucho para que después descansen para siempre.

G. MAZARIO

Interesante intervención de un miembro de la Cámara de los Lorens en el debate sobre los sucesos de España

Lord Faringdon, dijo que uno de los partidos beligerantes en la contienda española había denunciado las atrocidades y había hecho todo lo posible para evitarlas, mientras que el otro las había anunciado por radio y se había vanagloriado de ellas. «No hemos regateado esfuerzos para tratar de comprobar las supuestas atrocidades de los gubernamentales— a h a d i o—. «Lamento que haya habido excesos, pero hasta ahora no he encontrado una sola «historia de crueldades cometidas» que haya sido comprobada. Me han contado horribles anécdotas de monjas y sacerdotes quemados. He hecho investigaciones, he seguido los hechos relatados hasta su origen y han resultado falsos. Se han fusilado curas; pero los curas han disparado sobre otras gentes.»

Amigos suyos que han vuelto de España le han manifestado que no es verdad que se mate a los curas por serlo, sino que se les fusilaba porque eran agentes rebeldes y porque mataban ellos a su vez.

«He oído historias de monjas rapadas y quemadas, pero he sido en absoluto incapaz de confirmarlas, aunque he hecho para ello todo lo posible, siguió diciendo Lord Faringdon. Siendo de veras que haya habido, indudablemente, asesinatos en el territorio que domina el Gobierno, pero en ningún caso han sido ordenados ni consentidos por éste. Al contrario, el Gobierno los ha deplorado y ha hecho lo que ha podido para evitarlos.

En el otro bando, el Gobierno rebelde ha ordenado los asesinatos. Me parece que no debemos permanecer neutrales cuando se trata de un hombre como Queipo que anunció, encantado, por radio sus últimas atrocidades. Lo único que podemos desear es que sea, en efecto, el borracho que sabemos y que no haya sido capaz de satisfacer el sadismo que manifiesta ante el micrófono.

Todos sabemos que fueron los italianos los que organizaron a los rebeldes de Mallorca. Si el propósito de Italia fuera retirarse de la isla cuando se restableciera la paz, yo me sentiría probablemente uno de los más felices miembros del Parlamento, pero también uno de los más sorprendidos.»

Añadió que el Gobierno inglés no tiene verdadera política. Los miembros están desunidos y su política extranjera está en manos de los funcionarios reaccionarios del Foreign Office. El Gobierno, desgraciadamente, ha dado la impresión de enemistad hacia el Gobierno español; lord Faringdon espera que esta impresión sea desvanecida. No cree que el Almirantazgo se sienta muy feliz con la situación en el Mediterráneo, y quisiera preguntar al Gobierno si no cree sería más seguro que la misma potencia controladora los dos extremos del Mediterráneo. Espera que el Gobierno de Su Majestad use de su influencia para impedir la anexión de territorio español o cualquier amenaza a los intereses británicos. (Del «Manchester Guardian».)

Lee todos los días

C N T,

Contra caudillos, siempre; contra nuestros pensamientos y contra nuestros hermanos trabajadores, nunca

El concepto de autoridad, aquello que es mando, aquello que es imponer las cosas porque hay leyes anticuadas que lo autorizan, no puede tener ninguna transición en la clase trabajadora. No podrá tenerlo porque las leyes capitalistas, leyes de dictadura, no serán admitidas por aquellos mismos que luchan contra ellas. Imponer una dictadura a la clase trabajadora o un partido político enraizado en las masas populares, sería demostrar al mundo un contrario sentido, y lo que es más, un bochorno dictatorial más que podía tutearse con aquellas dictaduras que hoy llamamos fascistas.

La revolución española empieza a engendrar la iniciativa y la forma profunda de algo que será titulado régimen de autoridad. Parece que se determina por los ciudadanos la necesidad de fabricar una autoridad capaz de frenar las pandillas de bandidos que pudieran tomar como campo de operaciones las ciudades y los pueblos. Parece también que el triunfo de la revolución quiere hacer de Iberia una república que se identifique con aquella del gran pueblo ruso. Si es tan solo identificación, si es tan sólo vivir como hermanos con aquel país proletario, esto cabe en nuestros pensamientos y en nuestras convicciones ideológicas. Pero si es plasmar por entero lo bueno y lo malo de aquello, si es como variante o improvisación la realización de un caudillo más o menos feroz con unas esencias más o menos alimentadas, protestemos de antemano y hagamos que nuestra lucha antifascista sea lo que debe ser, la España proletaria, la España de auténticos trabajadores, pero no la España de una nueva bandera y de una nueva imposición.

Observamos en los momentos actuales unos detalles cuyo tipo parece representar la superioridad moral y constructiva de determinada clase. Con gran frecuencia se individualiza y se dice: Estos de la C. N. T. son así, estos de la U. G. T., son asao; aquellos políticos fueron tal. Pues bien, a tenor de estas demostraciones de desagrado, yo invito a estos camaradas a que sean formales y consecuentes y que en vez de hacer este género de manifestaciones, poco halagüeñas por cierto, se digan: Vamos a razonar, vamos a ser dignos y convirtamos a nuestros sinvergüenzas en hombres útiles para la sociedad que llega. Me coloco en la tersura de que por la invitación no se conseguirá nada; me coloco, en que este invitado se declare rebelde y prácticamente sea un indeseable de nuestra sociedad proletaria. Pues bien, si ésto así sucediera, las organizaciones responsables, los sindicatos, sus mismos compañeros procederán contra él, pero jamás que el caudillo, que el ciudadano de armas, imponga sobre este desgraciado el rigor de una ley que nosotros jamás daremos a nuestro gran pueblo revolucionario.

¿Problema difícil? No. Cualquiera de vosotros, se sujetó en la lucha contra el capitalismo a una disciplina de organización, de una disciplina sindical que os dió triunfos, y si entonces supistéis luchar contra un capitalismo organizado y armado hasta los dientes, ¿por qué ahora no ha de ser fácil luchar para que todos nosotros seamos fieles guardadores de un orden propio, de una producción propia y de un entusiasmo revolucionario?

No temo, no, a nada que haga nuevamente la división de los trabajadores, y no lo temo porque aquello de antes ya no puede verificarse nuevamente. El capitalismo supo enfrentar a las sindicales españolas y hacer que en los talleres, en las obras y en el campo, los propios trabajadores se asesinaran. De aquello se protestó, como ahora también fué olvidado. Si entonces fuimos rivales obcecados, hoy no lo somos; pero mañana, tampoco practicaremos la lucha entre hermanos trabajadores.

Quien hoy piense en esta lucha, que recoja velas y amarre sus instintos en el primer puerto para que desguace la basura de su casco viejo. Si para aclarar estos extremos y estas suspicacias hace falta hacer la gran Asamblea del pueblo, a ella se llamará a todos los trabajadores ibéricos, y allí se forjará la norma de estructuración de la sociedad revolucionaria española. Quien pensó que hay un mundo entre las Sindicales españolas, se equivocó, porque esta longitud y esta diferencia no está entre los 10.000.000 de proletarios españoles. Sino que puede estarlo entre aquellos que se erigieron amos o señores, o dirigentes quizá, de este pueblo trabajador. Y ellos afortunadamente son pocos.

Conviene, eso sí, elevar nuestra cultura; conviene también aconsejar al sinvergüenza organizado que deje de serlo; conviene vencer al fascismo, pero al mismo tiempo interesa poner ya las cosas en claro y decir, lo que ya decimos en el encabezamiento de este artículo: Contra caudillos siempre; contra nuestros pensamientos y contra nuestros hermanos trabajadores, nunca.

Dificultades para la adquisición de papel nos han impedido publicar nuestro semanario en la fecha señalada.